

LUCHAS Y MOVILIZACIONES ARTESANALES EN BOGOTÁ (1910-1919) *

Renán Vega Cantor **

Mobilization and Artisan Struggles in Bogotá, 1910-1919

This essay offers a different vision of what is known up to now concerning Artisan mobilizations at the beginning of the 20th century. In this article, the artisan is a central actor, defined as "worker" a term that replaced the term artisan and that allowed for identification among distinct sectors of workers, including industrial workers. This essay presents the first organizing efforts in Bogotá during the period from 1910-1919, and the socialist influences on the artisan sectors, with special reference to the massacre of march, 1919.

Los artesanos de Bogotá durante la segunda mitad del siglo XIX protagonizaron las movilizaciones sociales más importantes de la ciudad, siendo su acción más resonante la que se presentó en 1893, cuando, en plena Regeneración, emprendieron una acción de protesta que se convirtió

en la insurrección urbana más importante de la historia colombiana de ese siglo, y que fue aplastada por la Policía Nacional, dirigida por el policía francés J.M. Gilibert. Como resultado de la represión murieron cerca de un centenar de personas humildes de la capital de la República.¹

* Este ensayo hace parte de una investigación en curso sobre la protesta popular en Colombia en las primeras décadas del siglo XX.

** Profesor titular Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional.

1 Véase Mario Aguilera Peña, *Insurgencia urbana en Bogotá. Motín, conspiración y guerra civil 1893-1895*, COLCULTURA, Bogotá, 1997; David Sowel, "The 1893 bogotazo: Artisans and Public Violence in Late Nineteenth-Century Bogotá", en *Journal of Latin American Studies*, no 2, mayo de 1989, págs. 267-282; un testimonio de

A principios del siglo XX, los artesanos seguían siendo importantes en la estructura económica y social de la ciudad. Según el censo de 1912 la estructura de la población ocupada en Bogotá era la siguiente²:

Profesión	Número de personas
Profesiones liberales	1.455
Bellas artes	450
Artes, oficios y aprendices	8.968
Ministros del culto religioso	272
Empleados	3.564
Militares	1.530
Policiales	645
Industria agrícola	2.683
Industria ganadera	62
Industria comercial	3.451
Industria de transportes	357
Jornaleros	2.895
Servicios domésticos	1.695
Total	28.027

Como se puede apreciar, el porcentaje más representativo de la población ocupada era el de los artesanos (artes, oficios y aprendices), lo que indicaba el predominio de una estructura productiva de pequeñas propiedades y de talleres domésticos. Ya es per-

ceptible, desde luego, la aparición de trabajadores asalariados, tanto en el ramo de la burocracia oficial y el sector privado, así como el surgimiento de las primeras unidades fabriles en ramos como la producción de chocolates, cervezas, vidrio, tejidos y cemento. De la misma forma, se encuentra un importante porcentaje de la población masculina dedicada a actividades de servicio doméstico y jornaleros (una categoría bastante ambigua). La población total dedicada a estas actividades debió ser mucho mayor, si se tiene en cuenta que en el censo de 1912 entre la población ocupada no fueron incluidas las mujeres. En conclusión, en términos objetivos dentro de la estructura material de la sociedad bogotana de comienzos del siglo XX era indudable la importancia que aún tenían los artesanos como sector social, lo que también se expresaba en términos subjetivos (ideológicos, políticos y culturales), en el importante papel desempeñado en la conformación del movimiento obrero y socialista en Colombia.

Desde comienzos del siglo XX, teniendo en cuenta la estructura social y demográfica de la capital, los artesanos siguieron teniendo un papel protagónico, pero ahora con una particularidad simbólica reveladora: el término artesano empezó a entrar en desuso y comenzó a ser remplazado por el vocablo genérico de *obrero*. Aunque cultural, social y políticamente Bogotá estuviera relativamente aislado de los principa-

la masacre lo dejó quien dio el orden de disparar, el policía francés Jan Marcelino Gilibert, "Lettre à Monsieur le Directeur de la Sureté Générale", Bogotá, 25 de enero de 1893, en *Colombie, Affaires politiques diverses*, vol. 3, 1890-1895, s. p.

2 *Censo General de la República de Colombia levantado el 5 de mayo de 1912*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1912, pág. 181. Es increíble la irresponsabilidad y poco cuidado de ciertos historiadores en la transcripción de la información, como sucedió concretamente con ROCÍO LONDOÑO quien confunde 662 con 62 en la industria ganadera, 451 con 3451 en la industria comercial y 347 con 357 en la industria de transportes. Para completar, ni siquiera se tomó la molestia de usar una simple calculadora para sumar el total. Véase: Rocío Londoño, "Acción católica e instituciones de beneficencia en Bogotá", en Rocío Londoño y Alberto Saldarriaga Roa, *La ciudad de Dios en Bogotá. Barrio Villa Javier*, Fundación Social, Bogotá, 1994, pág. 22.

les eventos mundiales de la época, la asimilación del término por todos los sectores políticos (conservadores, liberales, republicanos y socialistas) así como por diversas clases y grupos sociales (clero, artesanos, primeros capitalistas, medianos propietarios) indicaba el impacto internacional de las luchas obreras que se realizaban en distintos lugares del mundo, pero principalmente en Europa. En una forma casi espontánea el término *obrero* representaba todo tipo de actividad productiva, convirtiéndose casi en un sinónimo de la tradicional denominación de artesano que tanta fuerza había tenido en la cultura política bogotana durante el siglo XIX. Esto no quería decir que esta última denominación hubiera desaparecido del todo, sino que su utilización tendía a ser eclipsada por la de *obrero*.

Ahora bien, como suele suceder con vocablos genéricos de identificación política, la palabra *obrero* no tenía un contenido muy preciso, puesto que no hacía referencia solamente a la noción moderna, que define a un grupo de seres humanos desprovistos de medios de producción, que venden su fuerza de trabajo como cualquier mercancía, que producen plusvalía y que a cambio reciben un salario en dinero. Es más bien una denominación política o social si se quiere, puesto que pretende enfatizar como elemento definitorio, con respecto a otro tipo de actividades, una acción laboral de tipo material. Esto tenía implicaciones porque consideraba como *obreros* a artesanos, trabajadores asalariados, campesinos e incluso a los industriales (otra noción igualmente genérica). El efecto más notable fue el de igualar los intere-

ses de industriales y obreros, como se puso de presente en las primeras publicaciones de principios del siglo XX. Por ejemplo, en 1908 se publicó un periódico con el título de *El Industrial*, que se proclamaba como “órgano de la clase obrera”³. En 1909 otro periódico que porta el título de *Unión Industrial*, difundía los lemas de “Protección de la clase obrera” y “Defensa de la industria”⁴.

El empleo del término *obrero* de una manera tan ambigua como la que tendió a generalizarse en la Bogotá de comienzos del siglo XX, originó varios niveles de identificación: primero, entre obrero-artesano y pobres en general, puesto que hermanaba de manera visible e inmediata sus carencia, miseria y desgracia material⁵, ya que ambos habitaban las zonas más sucias y abandonadas de la ciudad; segundo, entre trabajadores urbanos y campesinos, considerando la actividad productiva o el estar ligado a algún proceso de transformación de tipo material. De ahí que se encontraran afirmaciones de este tenor: “Los obreros, entendiendo por éstos tanto los que viven en las ciudades, inclinados todo el día en las labores manuales, como los que en los campos roturan la agria tierra para producir la subsistencia de todos...”⁶ tercero, en cuanto a la cuestión de la propiedad, puesto que tanto los artesanos como los industriales eran propietarios y en la época las diferencias todavía no eran tan notables entre una y otra en el sentido que existían un gran número de pequeños y medianos propietarios y sólo muy pocos propietarios de fábricas e industrias. No era raro, en consecuencia, que se afirmara que “las clases trabajadoras ni por un momento deben olvidar que al

3 *El Industrial*, julio 4 de 1908.

4 *Unión Industrial*, agosto 21 de 1909.

5 Castro Herrán, Joaquín, “El artesano como importante factor en el Estado”, en *El Proteccionista*, 24 de diciembre de 1910.

6 *El Proteccionista*, diciembre 24 de 1910.

organizarse autónomamente van a quitar la incontrastable fuerza por ellos representada, a grupos que en el presente juego social no han hecho sino explotarlos y *hacerles servir a intereses enemigos del propietario*⁷; cuarto, se amplió la idea de trabajo, hasta el punto que éste llegaba a abarcar incluso a los industriales, a los que se consideraba que vivían de su trabajo como lo hacían los obreros y los artesanos. Esto se señalaba de manera explícita cuando se afirmaba que

*Los intereses de la clase obrera colombiana, por constituir ella una gran parte de nuestra población, están íntimamente vinculados a los de la nación... Podemos asegurar que el día en que los hombres de trabajo, los que viven de un oficio, de una industria, o de una profesión conocida y honrada tomen en la dirección de los asuntos nacionales la participación que, como a todo ciudadano, les corresponde, despojando del templo sagrado de la patria a los embaucadores, a los traficantes, y a los ladrones de levita... volverán para Colombia los días de dicha, de prosperidad y de gloria.*⁸

Se establecía, por consiguiente, una relación entre aquellas personas vinculadas a actividades productivas directas (trabajo manual y material), y las que controlaban, dirigían o eran propietarias de medios de producción y a los dos de manera indistinta se les consideró, predominantemente hasta mediados de la década de 1910, como trabajadores, es decir, formaban parte integral de los obreros.

Como muestra de la importancia que adquirió el apelativo *obrero*, en la época se publicaron una innumerable cantidad de periódicos, hojas volantes y pasquines que lo portaban orgullosamente. Se destacan títulos como *La razón del obrero* (dirigido por Jacinto Albarracín, personaje que durante muchos años será un adalid del periodismo artesanal, obrero y de izquierda).⁹ *El Proteccionista, órgano del partido obrero*,¹⁰ *El Comunista, defensor de los intereses obreros*¹¹ y otros por el estilo. Desde este punto de vista, también existió una continuidad en la cultura artesanal, la cual durante el siglo XIX fue muy rica y diversa en expresiones periodísticas y produjo una innumerable cantidad de hojas, folletos, pasquines, carteles y pequeños periódicos. Durante las dos primeras décadas del siglo XX, los artesanos se siguieron expresando a través de una amplia variedad de prensa propia e independiente, financiada, auspiciada y dirigida por ellos mismos, aunque ahora esa prensa se presentaba como *obrero* en unos casos y como *socialista* en otros. Se observa así una continuidad cultural aunque se hubiesen cambiado las apelaciones y nominaciones, ahora más adecuadas al lenguaje universal de la clase obrera que en ese momento estaba en curso de convertirse en la principal de todas las clases subalternas, y cuya influencia mundial se dio a conocer a través de sus luchas y conquistas sociales, primero en algunos países de Europa Occidental.

7 *El Proteccionista*, enero 7 de 1911 (subrayado nuestro).

8 "Por los industriales y obreros", en *El Proteccionista*, enero 7 de 1910 (subrayado nuestro).

9 *La razón del obrero*, marzo 12 de 1910. Véase: Biófilo Panclasta, "Comprimidos psicológicos de los revolucionarios criollos", en *Claridad*, no 52, junio de 1928; José Antonio Osorio Lizarazo, "La vida extraordinaria de Jacinto Albarracín, el primero que en América ensayó un gobierno de Soviet", en *Novelas y crónicas*, COLCULTURA, Bogotá, 1978, págs. 426-434.

10 *El Proteccionista*, una colección de este periódico que circuló en Bogotá entre 1910 y 1912, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Colombia.

11 *El Comunista* (Cartagena), diciembre 4 de 1910.

Desde luego que la proliferación del término obrero también tenía que ver con una realidad objetiva que se estaba presentado tanto en Bogotá como en algunas regiones del país donde aparecían las primeras fábricas e industrias, propiamente hablando (como se puede observar en los datos del censo de 1912, anteriormente presentados). Esto llevó a un mayor grado de complejidad del pueblo trabajador, en el que coexistían artesanos y trabajadores asalariados, junto con propietarios medianos, industriales y capitalistas. Por esta misma circunstancia, en las tres primeras décadas del siglo XX coexistían en espacios contiguos los artesanos tradicionales (que trabajaban individualmente o con su familia), artesanos con una propiedad ampliada en la que utilizaban trabajo asalariado (algunos llegaron a emplear hasta 30 trabajadores) y grandes manufacturas (tales como la empresa Bavaria) que empleaban cerca de 500 trabajadores.¹²

En su momento los actores sociales (artesanos, trabajadores asalariados e incluso los industriales) se denominaron a sí mismos como *obreros*, aunque en sentido estricto esa denominación fuera imprecisa. Lo único cierto del caso es que los “verdaderos” artesanos desempeñaron un papel clave, en términos sociales, culturales y políticos en la conformación del movimiento obrero en Colombia, como se puso de presente entre 1909 y 1919.

PRIMEROS INTENTOS ORGANIZATIVOS DE LOS ARTESANOS DE BOGOTÁ EN LA DÉCADA DE 1910

Desde 1905 diversos sectores de trabajadores empezaron a manifestar su descon-

tento con los partidos tradicionales, en vista de que su accionar no había repercutido positivamente en su favor ni en el mejoramiento de sus condiciones de vida. Por eso empezaron a hacer planteamientos “apolíticos”, es decir, críticos de la política tradicional —de tinte electoral— ejercida por liberales y conservadores. Esto, además, se convirtió en un permanente caballito de batalla por parte de los *obreros* organizados hasta finales de la década de 1910. Entre los elementos que los llevaron a este planteamiento crítico de la política ejercida por los partidos se encontraban: haberse convertido simplemente en botín de intereses electorales; no tener una representación directa ni auténtica en los órganos legislativos y, por consecuencia, no haber obtenido leyes favorables al trabajador ni el reconocimiento explícito de sus intereses y necesidades; y haber sido usados como carne de cañón en las continuas guerras civiles entre liberales y conservadores.

Teniendo en cuenta esa mezcla de intereses entre industriales y obreros, identificados aparentemente por el trabajo material, no fue extraño que en 1910 se realizara un primer intento de organización de los trabajadores, que asumió la denominación de Unión Nacional de Industriales y Obreros a comienzos de 1911. Esta unión se dotó de un programa que comprendía: fomentar el adelanto moral y material de los obreros; impulsar la construcción de viviendas sanas y baratas; mejorar la beneficencia pública e impulsar la construcción de hospitales; proveer el establecimiento de cajas de ahorro y montes de piedad; “estudiar la forma de proteger el trabajo y la industria nacionales”; trabajar por la genuina representación de obreros e industriales en los cuerpos legislativos; impulsar la publicación de periódicos de la asociación; y propender por la expedi-

12 Sowell, David, *The Early Colombian Labor Movement. Artisans and Politics and Politics in Colombia, 1832-1919*, PH, Dissertation, University of Florida, 1886, pág. 286.

ción de leyes que favorecieran a la "persona, el domicilio y la propiedad del obrero"¹³

Como para que no quedaran dudas de las intenciones de los organizadores de la Unión Nacional de Industriales y Obreros, el Directorio Central de Bogotá, cuyo órgano de expresión era *El Proteccionista*, a las pocas semanas de emitir el programa antes mencionado proclamó la fundación de un nuevo partido, con el elocuente nombre de Partido Obrero. Para sus portavoces, principalmente artesanos e industriales, el Partido Obrero significaba "un gran paso en el movimiento de nuestras luchas políticas, puesto que hace entrar como factor independiente, a la gran masa social que en otros tiempos se computaba como un agregado inseparable de los caudillos"¹⁴. Entre los principales dirigentes del partido se encontraba Marco Tulio Amorocho quien, como veremos más adelante, fue uno de los organizadores de la movilización del 16 de marzo de 1919. Este Partido Obrero que funcionaba en Bogotá estaba formado por un Directorio Central, que era escogido por los 12 comités barriales de la ciudad. En la circular en la que oficialmente se hablaba de la fundación del partido se esbozaban los aspectos fundamentales de su política: defensa de la industria nacional contra la competencia extranjera, mediante la imposición de adecuadas tarifas proteccionistas; lucha por la aprobación de leyes que defendieran a los trabajadores y que propugnaran por la construcción de viviendas para los obreros; abolición de los monopolios; supresión o rebaja de los impuestos que gravaban al trabajo y a las industrias; y, represión de la usu-

ra.¹⁵ En ese programa eran mucho más explícitos los intereses de los industriales que los de los obreros y artesanos, aunque al final de la circular se hiciera una exhortación general:

El Partido Obrero es un partido nuevo que llama a sus filas a todos los hombres de trabajo: al industrial, al fabricante, al agricultor, al artesano, al labriego y al empleado, sin hacer distinciones pues solamente quiere integrar en él a todos los individuos que ganando el pan con el sudor de su frente no obtienen con sus diarios esfuerzos, por las deficiencias en la organización del Estado o por las injusticias de los gobernantes, todo el bienestar a que tienen derecho, mientras los parásitos del tesoro público disfrutan de una holgura inmerecida.¹⁶

En última instancia, existía un propósito directo de ciertos sectores de la industria y del naciente capitalismo, de propender por alcanzar la protección del Estado, lo que se expresaba a través del naciente Partido Obrero. Desde luego que éste no era obstáculo para que en su conformación participaran diferentes sectores sociales, económicos y políticos, entre los que figuraban individuos que desde ese momento enarbolaron concepciones socialistas, como Pablo Emilio Mancera, Marco Tulio Amorocho y otros. Lo que sucedía era que la hegemonía ideológica en este instante estaba a cargo de los industriales y eso les permitía presentar sus intereses como los del conjunto del mundo del trabajo. Pero, por supuesto, un programa que representaba principalmente sus intereses inmediatos pronto iba a generar contradicciones, como efectivamente sucedió poco después. Eso se manifestó en el terreno político y electoral, en el que se enfatizaba la independencia tanto de la Unión

13 *El Proteccionista*, enero 14 de 1910 (los subrayados son nuestros).

14 "El Partido Obrero", en *El Proteccionista*, marzo 14 de 1911.

15 Directorio Central Eleccionario de Industriales y Obreros, "Circular no 4", en *El Proteccionista*, marzo 29 de 1911.

16 *Ibid.*

de Industriales y Obreros como del Partido Obrero con respecto a liberales, conservadores y republicanos, puesto que rápidamente se puso en evidencia que todos esos partidos necesitaban del apoyo electoral de los *obreros* (esto es, del conjunto de los trabajadores que estaba en posibilidad de sufragar).

En el mismo momento de la proclamación del Partido Obrero, los sectores políticos tradicionales se movieron para lograr captar o mediatizar al naciente partido. Por un lado, los conservadores apoyándose en las jerarquías de la Iglesia Católica se dieron a la tarea de organizar a grupos de obreros en la forma convencional de Sociedades de Ayuda Mutua pero ahora dándole un cariz más social y pretendidamente apolítico. El intento más exitoso en este sentido fue la conformación del Círculo de Obreros de Bogotá que empezó a ser organizado y dirigido por el sacerdote italiano José María Campoamor, creando un barrio “modelo”, denominado Villa Javier, en el que se buscaba que los trabajadores se comprometieran abiertamente con la Iglesia Católica, mediante el mejoramiento de su nivel de vida, la dotación de vivienda y el fomento al aho-

rrero. Este proyecto de la iglesia contó con un apoyo oficial de 4.000 pesos anuales entre 1913 y 1927¹⁷ y desembocó en la conformación de un *barrio-gueto-confesional*, el primero existente en Bogotá, en el que se inculcaba con métodos pedagógicos bastante represivos y concepciones muy conservadoras, propias de la moral católica convencional, el apego a los valores católicos como forma de impedir que los obreros se desbordaran por el despeñadero de la lucha de clases y la crítica a la propiedad y a los capitalistas.¹⁸ José María Campoamor era enfático al respecto cuando afirmaba: “¡Despertad mortales! Ponéos al frente de ese movimiento de justicia social, de revolución de arriba, de comprensión de las clases altas, para mejorar la suerte de la clase obrera y alejar de nosotros los peligros de la revolución social”.¹⁹

Desde el mismo momento de su proclamación como Partido Obrero, esta organización tuvo que afrontar la arremetida ideológica de liberales y conservadores con el objetivo de arrastrarlos hacia sus filas en época de elecciones, y el 20 de julio de 1911 soportó una primera prueba de fuego —en el sentido literal de la palabra— puesto que algunos de sus miembros fueron víctimas de la violencia policial, en una jornada

17 Sowell D., *op. cit.*, pág. 310.

18 El control del cura José María Campoamor en ese barrio era tal que existía una disciplina y un régimen interior con características carcelarias, entre las que sobresalían: una verja de hierro separaba el barrio del mundo exterior; las personas que allí habitaban tenían que ingresar antes de las 8 de la noche, quien no lo hiciera quedaba por fuera; estaba rotundamente prohibido alojar a personas distintas a los moradores de cada casa, así fueran sus familiares más cercanos; era prohibido asistir a cine o a cualquier espectáculo público, pues éstos eran considerados como una “escuela de corrupción”; se debía asistir puntualmente a misa los domingos y a todas las fiestas religiosas, así como confesarse y comulgar periódicamente. Como para que no quedara duda de lo que se pretendía, en la conclusión del reglamento del barrio se decía: “Villa Javier es una obra de elevación social, donde se reúne un grupo escogido de familias obreras, dispuestas a procurar el mejoramiento moral, intelectual y económico de la clase obrera. Como no se puede tener de antemano un conocimiento completo de las familias que entran, es preciso hacer salir a los que por una causa u otra no son aptas para realizar ese ideal”, “Reglamento de Villa Javier”, citado por Alberto Saldarriaga Roa, “Villa Javier: un experimento en vivienda social en Bogotá”, en R. Londoño y A. Saldarriaga Roa, *op. cit.*, págs. 105-107. (Los subrayados son nuestros).

trágica que dejó varios muertos. Ese día, en la celebración de una de las fiestas patrias sobresalió el desfile de los gremios más importantes de la capital (tales como fabricantes de calzado, constructores, albañiles, tipógrafos, encuadernadores, vendedores de la plaza de mercado, carpinteros, fabricantes de licor nacional, pintores, ornamentadores, panaderos, mecánicos, herreros, propietarios de cafés, cantinas y restaurantes, etc.).²⁰ Para clausurar la jornada estaba programada una cabalgata y una corrida de toros. Los toros resultaron muy malos y la gente empezó a protestar y a silbar a los dueños del encierro. Un grupo de personas desentabló parte del escenario y la policía acudió al lugar, trabándose una batalla campal entre la multitud y los policías. A las afueras del circo de toros la gente gritaba “muera y abajos a la policía”. De repente numerosos agentes de policía atacaron con armas de fuego a la población inerme e indefensa durante 3 minutos, muchas de las personas sólo atinaron a responder con piedras. Como resultado de la acción murieron 9 personas y fueron heridas otras 10. Ante el asesinato a mansalva, la gente quiso vengar a sus copartidarios pero la intervención del ejército impidió una sublevación del pueblo bogotano y protegió los cuarteles de la policía, donde se ocultaron presurosamente los responsables del aleva ataque.²¹ Inmediatamente, la Unión efectuó una campaña para recolectar fondos encaminados a enterrar a las víctimas, solidarizarse con sus familiares y atender a los heri-

dos, pues todas los afectados eran del Gremio Obrero.²² Estableció, además, la Cruz Roja Obrera para atender a los heridos y contusos.²³

Este evento sangriento estaba inscrito en la lógica del peso relativo que iba adquiriendo el Partido Obrero y por no plegarse a los requerimientos de la Iglesia Católica y del partido conservador, cuyos órganos de prensa habían estado atacándolo virulentamente. Incluso un poco antes del 20 de julio, se habían presentado enfrentamientos entre los partidarios de la iglesia y los conservadores y los gremios simpatizantes con el Partido Obrero. Entre los bandos que se enfrentaban se coreaban consignas como “larga vida a la religión” y “larga vida al partido conservador”, mientras que otros vivaban al Partido Obrero.²⁴ Desde este punto de vista, lo que pasó el 20 de julio fue una reacción brutal de la policía contra las personas participantes en el desfile, muchos de los cuales eran simpatizantes del Partido Obrero, como parte de un proceso más amplio de control de la población pobre que había venido siendo impulsada por la Iglesia y por sectores del partido conservador. Dentro de esos mecanismos de control, no resultaba sorprendente que en un momento determinado la policía —profundamente conservadora y clerical— recurriera a la violencia salvaje e indiscriminada como sucedió el 20 de julio de 1911, donde fueron regadas las calles céntricas de la capital con la sangre de humildes y artesanos, por el solo hecho de abuchearla.

19 Citado en Rocío Londoño, “Acción católica e instituciones de beneficencia en Bogotá”, en R. LONDOÑO y A. Saldarriaga Roa, *op. cit.*, pág. 39.

20 El programa festivo aparece en *El Proteccionista*, julio 16 de 1911.

21 *La Época*, agosto 5 de 1911.

22 *El Día Noticioso. Diario Popular de la Mañana*, julio 22 de 1911.

23 *El Día Noticioso. Diario Popular de la Mañana*, julio 25 de 1911.

24 Sowell D., *op. cit.*, pág. 308.

Los liberales, por su parte, pensaban que los obreros no necesitaban de un partido propio, pues sus reivindicaciones esenciales estaban comprendidas en el programa liberal, y sobre todo en la fracción encabezada por el caudillo Rafael Uribe Uribe, que desde 1904 había proclamado el "socialismo de Estado", para organizar un Estado interventor y proteccionista de la industria y del trabajo nacionales.²⁵ Después de 1911, Uribe Uribe buscó acercamientos con la Unión Nacional de Industriales y Obreros con la finalidad de ganarlos para la causa liberal con la promesa de mejorar su condición social, impulsar una reforma electoral, perfeccionar la educación pública y proteger adecuadamente a la industria nacional. En los años siguientes, los liberales, encabezados por Uribe Uribe, lograrían su propósito de cooptar a la Unión de Industriales y Obreros, lo que se puso de presente en diciembre de 1913 cuando en la elección de su Directorio Electoral dominaron los liberales. Para contrarrestar esta tendencia los republicanos postularon trabajadores como candidatos en sus listas, estrategia que dio resultado pues en las elecciones de 1913 a la Asamblea Departamental se impuso la lista de los republicanos, seguida de cerca por los conservadores y en último lugar quedaron los liberales. Finalmente, estas elecciones dejaron en claro que la Unión de Industriales y Obreros habían traicionado uno de los postulados centrales con los que habían surgido, como era mantener su independencia electoral frente a los partidos tradicionales. Era evidente que tanto a republicanos como a liberales les interesaban preferentemente sus propios intereses electorales inmediatos y no los de los trabajadores, como se demostró en las elecciones para el Congreso de mayo de 1914 cuando

se unieron entre sí para derrotar a los conservadores, lo que a la postre lograron, pero sin que hubieran postulado ningún candidato de los trabajadores. Estaba claro que su propósito había sido el de desarticular una opción independiente representada en el Partido Obrero, que se reclamaba como portavoz de los trabajadores, así como canalizar esta fuerza electoral a su favor. A los pocos meses de haber logrado sus objetivos prescindieron de cualquier apoyo de lo que quedaba de la debilitada Unión Nacional de Industriales y Obreros y del Partido Obrero.

Ya desde 1913 algunos sectores planteaban nuevamente la necesidad de preservar la independencia y diferenciar a los obreros y los partidos tradicionales, pues su política no favorecía para nada a los trabajadores.²⁶ Esto se concretó en la fundación de la Unión Obrera en mayo de ese año, cuyos estatutos eran muy similares a los de la Unión de Industriales y Obreros, pero se diferenciaban claramente en cuanto a la composición de sus miembros. En la Unión Obrera tenían "cabida todas aquellas personas que ejerciendo un arte, profesión u oficio, estén convencidas de la necesidad de la unión obrera para el mejoramiento moral, intelectual y material de las clases proletarias de Colombia" y agregaba como algo novedoso, que por primera vez se planteaba en forma tajante en Colombia "defender a los obreros de uno y otro sexo de las injusticias y explotaciones desmedidas de algunas clases capitalistas". Además, se recalca que para ser socio de la Unión Obrera era indispensable "ser hombre libre de todo fanatismo político y religioso", enfatizando que "las promesas que deban prestar los empleados y socios de la unión no se les exijan por juramento religioso

25 Uribe Uribe, Rafael, "Socialismo de Estado", en *El pensamiento político de Rafael Uribe Uribe*, COLCULTURA, Bogotá, 1974, págs. 16-55.

26 *El Crucero*, noviembre 30 de 1913, diciembre 7 de 1913, enero 4 de 1914.

sino por su honor y por las clases obreras".²⁷ Estos planteamientos eran mucho más explícitos que los de la Unión de Industriales y Obreros, puesto que, por una parte, quedaban excluidos de la Unión Obrera los industriales y se señalaba a algunos capitalistas explotadores como antagonistas de los obreros. Asimismo, se evidenciaba una distancia clara con la religión católica y sus creencias, que eran consideradas como una cuestión individual de los socios pero que no comprometía oficialmente a la asociación obrera. Los fundadores de la Unión Obrera Colombiana reconocieron el aporte como experiencia organizativa que había brindado la Unión de Industriales y Obreros, pero también señalaron, por primera vez, que la causa de su fracaso había sido el mezclar los intereses de industriales y obreros, puesto que los primeros tenían objetivos claramente electorales y políticos que no se correspondían con las expectativas de los trabajadores.

La Unión Obrera Colombiana contaba con unos 3.000 socios para agosto de 1913 y había establecido una oficina del trabajo desde donde atendía distintos requerimientos de los trabajadores, principalmente en materia de empleo. Desde un principio tuvo una perspectiva socialista, en la que se enfatizaba el carácter opuesto de los intereses de los trabajadores y de los capitalistas.²⁸ El epicentro de la Unión Obrera en Bogotá fue el recién inaugurado barrio Ricaurte, considerado desde un principio, según la terminología de la época, como un típico "barrio obrero".

En las elecciones de octubre de 1915 tres obreros alcanzaron a ser elegidos para el Conce-

jo de Bogotá, pero en secreto (es decir, sin tener en cuenta para nada a esos obreros) los liberales y los conservadores confabularon para nombrar el personal en los diversos puestos administrativos de la capital. Este hecho socavó la creencia de los líderes obreros en la política tradicional y preparó el camino para una siguiente fase, abiertamente socialista, entre 1916 y 1919.²⁹

Ahora bien, los intentos de organización que se plasmaron en la conformación de la Unión Obrera no significaban que todo el artesanado se hubiera identificado plenamente con ella o incorporado a la misma. Un importante sector se vinculó a la Unión Obrera y recepcionó sus consignas sobre el rechazo a la política partidista y su crítica a los partidos tradicionales y a los caudillos; otros sectores desempeñaban sus labores artesanales en entidades públicas trabajando con el gobierno; otros estaban afiliados a sociedades mutuales dirigidas por la iglesia católica y de influencia política conservadora o configuraban grupos de apoyo al partido liberal. Esta diferenciación estaba relacionada con la crisis estructural que afrontaban los artesanos, lo que también suponía una diferenciación en cuanto a condiciones de vida y perspectivas futuras inciertas, y sin duda vinculado a las transformaciones que ya generaba la introducción de relaciones capitalistas en la sociedad bogotana, así como al efecto que tendrían sucesos como la Primera Guerra Mundial en la economía colombiana en general. En este sentido, es reveladora la situación de los dos artesanos que asesinaron a Rafael Uribe Uribe el 15 de octubre de 1914. En virtud de este hecho, extraordinario en la vida política de esa época, salieron a relucir algunos

²⁷ *La Unión Obrera*, mayo 1 de 1916.

²⁸ Sowell D., *op. cit.*, pág. 317.

²⁹ *Ibid.*, pág. 318.

elementos de la vida cotidiana de estos dos artesanos, de seguro similares a los de buena parte de sus congéneres bogotanos en ese momento.³⁰

Los artesanos Leovigildo Galarza y Jesús Carvajal, que figuraban como socios de la Unión Obrera, fueron los autores del magnicidio de Rafael Uribe Uribe. Carpinteros de profesión, vestían pobremente, con ruana y sombrero de jipa, (“*vestían como artesanos*”, solían repetir los testigos del magnicidio). Galarza era “jefe propietario” de su carpintería, cuyo personal estaba conformado por dos aprendices, un tallador, y un empleado por contrato. Galarza no tenía un horario fijo al cual sujetarse, podía salir y entrar libremente de su lugar de trabajo a la hora que se le antojara. Estos artesanos frecuentaban las tabernas y las chicherías en cualquier hora del día, pero principalmente durante la noche, puesto que combinaban la actividad laboral con el consumo de alcohol, incluso en el lugar de trabajo. Sus condiciones económicas eran inestables, pues en su caso particular dependían de los contratos que pudiera efectuar con entidades oficiales, como la Dirección de Obras Públicas Nacionales. Esos contratos se facilitaban por la vinculación previa de Galarza a la Artillería como carpintero, en donde había trabajado cerca de 10 años, hasta su retiro en diciembre de 1913. Pero poco antes del crimen, aparentemente por los cambios político-electorales resultados de la elección presidencial de ese año, las entidades oficiales le habían retirado los contratos. A comienzos de 1914, Galarza y Carvajal

decidieron asociarse pero esa alianza duró poco tiempo. Desde el punto de vista político y cultural se debe destacar que Galarza era un asiduo lector de prensa, ya que leía los periódicos *Gil Blas*, *El Republicano*, *El Tiempo* y *Unión Obrera*. En el momento de matar a Uribe Uribe estaba leyendo un libro sobre magnetismo y novelas de Sherlock Holmes. Estaba al tanto de la situación de los artesanos de la época, tanto en Bogotá como en otros lugares del país. Continuamente, recibía invitaciones de diferentes asociaciones artesanales y mutuales.³¹

Estos dos artesanos pertenecían a diversos clubes sociales, recreativos y políticos, próximo o influidos por el partido liberal, hasta el punto que habían sido socios esporádicos de la Unión Obrera. Por lo ilustrativo del caso, es importante mencionar el tipo de sociedades urbanas a las que pertenecían: a la Sociedad Recreativa José María Córdoba, que organizaba bailes y paseos y que se reunía en la carpintería de Galarza; a un Comité Caldas, que había promovido la candidatura liberal de Nicolás Esguerra en las elecciones de 1914; al Grupo Republicano, una sociedad de ayuda mutua y a la Unión Obrera de Colombia, todas las cuales se reunían en diferentes chicherías de la ciudad.³² Esta diversidad de agrupaciones señalaba la pluralidad de formas de sociabilidad de los artesanos de Bogotá, pues simultáneamente hacían parte de las asociaciones mutitarias, de grupos de recreación y de comités electorales muy cercanos al partido liberal.

Pero el caso de estos dos individuos no sólo es clave para entender el ambiente social, eco-

30 La mejor fuente al respecto la constituye República de Colombia, asesinato del general Uribe Uribe. Vista fiscal del doctor Alejandro Rodríguez Foreto, Imprenta Nacional, Bogotá, 1916.

31 *Ibid.*, págs. 141-142.

32 *Ibid.*, pág. 140.

nómico y cultural en que vivían los artesanos de Bogotá a mediados de la década de 1910, sino que también es indicativo de su estado de ánimo en términos políticos. Incluso, el móvil del crimen estuvo relacionado con la forma como los dos artesanos en cuestión veían el rol de Uribe Uribe, quien en las elecciones presidenciales de 1914 en lugar de apoyar al candidato liberal Nicolás Esguerra respaldó la candidatura del conservador José Vicente Concha. Para muchos artesanos de la capital, que habían considerado durante algún tiempo al caudillo liberal como el genuino representante de sus intereses, esa jugada electoral les cayó como un baldado de agua fría. Un elemento clave en el móvil del crimen, que reiteradamente mencionaron Galarza y Carvajal, estaba relacionado con lo que ellos consideraron como una “traición” del caudillo liberal a los trabajadores, pues “nunca le había hecho bien al pueblo ni a los obreros; que únicamente los ocupaba cuando había una guerra; que ellos no eran para él sino carne de cañón”³³. Es decir, que los inmiscuía en la política partidista, pero simplemente como sufragantes en época de elecciones y no para ayudar a solucionar sus problemas de trabajo y de existencia. En las indagatorias que siguieron al crimen, fue reiterativa la manera como muchos de los artesanos llamados a comparecer, consideraron a Uribe Uribe como un traidor a la causa popular, señalándolo como aliado de los conservadores y enemigo de los trabajadores.³⁴

Pues bien, resulta que todo el discurso artesanal de la década de 1910 estuvo construido, como hemos visto en diferentes partes de este ensayo, sobre supuestos similares, como los relaciona-

dos con la crítica a los caudillos, al uso electorero de los artesanos, al abandono de los intereses de los trabajadores en épocas no electorales, etc. Desde este punto de vista, Galarza y Carvajal al matar a Uribe Uribe estaban poniendo en práctica en una forma extrema todo el discurso artesanal que habían escuchado durante esos años, y sobre todo en las reuniones de la Unión Obrera, sus hojas volantes, sus carteles y sus periódicos, a través de los cuales se habían familiarizado con ese discurso “apolítico”, en el que se criticaba a los caudillos de los partidos y su oportunismo electoral, se exaltaba la necesaria independencia de los artesanos de la política militante y donde se les hacía continuos llamados a ocuparse exclusivamente de cuestiones de trabajo y de todos aquellos elementos que los favorecieran. Era muy revelador que entre los papeles que se le encontraron a Galarza estaba un borrador de los estatutos de la Unión Obrera de Colombia.³⁵ Este hecho, mostraba la forma particular de receptionar un discurso, en concordancia con sus propios intereses inmediatos y con sus expectativas. Para Galarza y Carvajal, el caudillo liberal era el responsable directo de las difíciles condiciones económicas por las que atravesaban, en vista de que, por las alianzas políticas coyunturales, las entidades oficiales con las que antes habían trabajado ahora les quitaban los contratos para dárselos a su clientela.³⁶

El hecho que ellos hayan tomado en forma espontánea y aislada la decisión de ejecutar a Uribe Uribe entre la noche del 14 y la mañana del 15 de octubre de 1914, estaba relacionado con influencias previas como artesanos (transmitidas a tra-

33 *Ibid.*, pág. 25.

34 *Ibid.*, págs. 71, 92, 109, 125, 148 y 152.

35 *Ibid.*, págs. 141-142.

36 *República de Colombia, Acta de acusación presentada por el fiscal del Juzgado 2° Superior, doctor Manuel J. Ramírez Beltrán, en la causa contra los responsables de la muerte del general Rafael Uribe Uribe, ante el jurado de calificación*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1918, págs. 21-22.

vés de la prensa y de las reuniones en sociedades artesanales). Esto no quiere decir, por supuesto, que la Unión Obrera o las organizaciones gremiales o partidistas de los artesanos fueran responsables de la acción criminal de los dos artesanos, sino que éstos pensaron que, en consonancia con los planteamientos críticos sobre los partidos y su caudillo, matando a Uribe Uribe le estaban haciendo un bien a su clase y estaban eliminando a uno de los principales responsables, en su sentir, de la miseria de los trabajadores, por ser un “sinvergüenza, volteado, que estaba con los conservadores... y los obreros estaban arrastrando la miseria por él”.³⁷ En otros términos, el contexto político y social en el que discurría la vida de los artesanos de Bogotá, muchos de los cuales —sobre todo los más próximos al partido liberal— sintieron un claro resentimiento contra Uribe Uribe por su comportamiento electoral en 1913 y su actitud clientelista al recomendar funcionarios y trabajadores un poco después, justificó a los ojos de los tristemente célebres Galarza y Carvajal la eliminación física del caudillo liberal, suponiendo que eso beneficiaba a su clase, pues implicaba la desaparición de quien para ellos encarnaba la traición, el engaño y el deterioro de sus condiciones de vida.³⁸

El crimen de Uribe Uribe llevado a cabo por dos artesanos de la ciudad de Bogotá no tiene porqué implicar la justificación de una mirada historiográfica que convierte en “villanos” a la mayor parte de los artesanos de la ciudad, como

recientemente lo ha insinuado un sociólogo. Ese crimen fue un hecho de indudable magnitud, pero resulta demasiado atrevido señalar que “el siglo XX empezó gris y sin heroísmo para el artesanado nacional: nada menos que con un magnicidio”.³⁹ Así, se está pasando de la visión “heroica” de los artesanos, existente según Alberto Mayor Mora en ciertos historiadores de la naciente clase obrera, a la visión “villana”, de la que se derivaría que entre los artesanos bogotanos de comienzos del siglo no habría nada digno de destacar, ni éstos habrían hecho nada importante para su clase, los trabajadores y los pobres en su conjunto. Que el crimen de Uribe Uribe haya sido perpetuado por dos artesanos, no tiene porqué opacar toda la labor política, cultural y educativa de importantes reductos de artesanos en la década de 1910, que mal o bien intentaron dotarse de un programa de acción que les posibilitara enfrentar y resistir las nuevas condiciones creadas por el naciente capitalismo industrial. Si estos intentos son calificados como “actos heroicos”, eso es otra cosa. Heroicos o no, lo único cierto es que en la Bogotá de la segunda década del siglo XX, los artesanos fueron algo más que simples criminales, como para decir con tranquilidad que su historia en esa centuria sólo comienza con el magnicidio de Uribe Uribe. Por lo demás, ¿acaso esa no es una forma de rendirle culto a los grandes sucesos y a las personalidades notables como lo hace la historia heroica, negándole protagonismo a los sectores subalternos, que sin los “grandes hombres” no son nada o no existen? ¿Si Galarza y

37 República de Colombia, asesinato del general Uribe Uribe, pág. 118.

38 En la indagatoria Carvajal sostuvo con seguridad que “El general Uribe había inventado el bloque (alianza electoral con los conservadores, nota nuestra)”. Por eso, “en vez de morir de hambre en esta tierra, en donde no se conseguía trabajo, ni el trabajo valía nada, era necesario castigar al causante de esto”, que para ellos, “era el general Uribe Uribe”. Por su parte, Galarza indicó que la culpa de su pésima situación económica era de Uribe Uribe, “porque él tenía un círculo que disponía ahora del trabajo del Ministerio”, *Ibid.*, pág. 25.

39 Mayor Mora, Alberto, *Cabezas duras y dedos inteligentes. Estilo de vida y cultura técnica de los artesanos colombianos del siglo XIX*, Premios Nacionales COLCULTURA 1996, Bogotá, 1997, págs. 297 y sigs.

Carvajal no se hubieran atrevido a matar a Uribe Uribe, los artesanos de Bogotá no hubieran tenido historia en las primeras décadas del siglo? La impresión que deja el análisis de mayor Mora, opuesto a toda la supuesta "heroicidad" que se ha dado a los artesanos de comienzos del siglo XX en Bogotá (lo cual es una exageración, ya que los artesanos en esa época escasamente han sido estudiados), es que éstos no tenían dignidad, eran miserables, se habían constituido en un lumpemproletariado urbano, hacían parte de las "capas sociales más bajas" del pueblo bogotano, eran alcohólicos empedernidos, "carecían de autodisciplina personal", "incapaces de autocontrol" etc.⁴⁰ Parte de esa terminología, propia del lenguaje despectivo de la época, que es retomada sin distancia crítica alguna por Alberto Mayor Mora, no considera otros grandes momentos de la acción de los artesanos, los cuales sí fueron un sector activo de la sociedad bogotana, desde las jornadas de marzo contra la dictadura de Rafael Reyes hasta la protesta del 16 de marzo de 1919. Además, esa visión "villana" deja la impresión que todos los artesanos de la Unión Obrera tenían un comportamiento similar al de Galarza y Carvajal. Esta es una visión sesgada y unilateral de la historia de los artesanos de Bogotá, que no se corresponde para nada con las fuentes existentes al respecto. Evidentemente, existían sectores del artesanado, cuya incierta situación laboral generaba formas de descomposición social, algunas de las cuales raya-

ban en la delincuencia, pero de ese hecho, y mucho menos a partir del caso de Galarza y Carvajal, no se puede sacar la conclusión desproporcionada de que la historia de los artesanos empieza lánguidamente, sin ningún tipo de heroísmo, con el magnicidio de Uribe Uribe. Eso ya es engrandecer una circunstancia política episódica, que no tiene porqué ocultar la contradictoria actuación política y cultural de los artesanos de la capital de la República.

LOS ARTESANOS DE BOGOTÁ Y LAS PRIMERAS INFLUENCIAS SOCIALISTAS

El primero de enero de 1916 fue creado un nuevo Partido Obrero que lanzó un manifiesto, cuyos apartes más significativos planteaban una crítica a las colectividades partidistas y a la política tradicional:

*convencidos hasta la saciedad de que ninguna de esas trabaja, ni ha trabajado nunca en beneficio de los obreros, y que si han usufructuado de nuestra cándida honradez para hacerse representativos de los que todo lo producen y carecen de todo, nos vemos impelidos a llamarnos para que hoy, deponiendo las pasiones político-partidistas que han sido nuestra ruina, envilecimiento y escarnio, nos congreguemos para formar el PARTIDO OBRERO.*⁴¹

Enseguida postulaban un análisis de la sociedad en términos de clases sociales, ya que la "humanidad sólo se divide en dos cla-

40 Esa terminología despectiva es usada por Alberto Mayor Mora a lo largo del último capítulo del mencionado libro, en donde, como para dar un ejemplo, anota: "Ambos hacían parte de esas masas y muchedumbres que se hallaban en cualquier momento dispuestas a derramar mecánica y automáticamente hasta la última gota de sangre por sus ídolos y líderes políticos (...) Esos dos hombres rudos, salidos de las capas sociales más bajas del pueblo bogotano, con una educación por encima del lumpemproletariado urbano..." *op. cit.*, pág. 334. Entre otras cosas hay que decir que el sociólogo de "las élites empresariales" no hacen sino reproducir al pie de la letra el lenguaje del fiscal del proceso que en 1918 decía: "Galarza y Carvajal hacían parte de esas turbas, de esas muchedumbres, que hoy se hallan dispuestas hasta derramar la última gota de sangre por sus ídolos políticos y mañana instintivamente sacrifican, hieren traidoras por la espalda a los mismos que ayer deificaban", *República de Colombia, Acta de acusación...*, pág. 25.

41 "Manifiesto de los obreros colombianos", en *El Partido Obrero*, enero 22 de 1916.

ses: la una, que trabaja y sufre hambre y miseria; la otra, que consume y no produce o sea en la primera las abejas laboriosas; en la segunda, los zánganos que se mantienen con el trabajo de éstas, entregados a su vida de molicie y disipación".⁴² Posteriormente, en varias ediciones de su periódico precisaron y ampliaron algunas de sus características ideológicas. Por ejemplo, con referencia a sus inclinaciones doctrinarias manifestaban su ideario socialista, señalando que

*El socialismo que predicamos y sostenemos no es el que toca los límites del anarquismo. No es la violación del derecho de los demás. Algunos individuos han confundido lastimosamente los dos términos y las dos tendencias: la socialista y la anarquista. Y estas dos tendencias están tan separadas en nuestro concepto, como un polo del otro... El Partido Obrero persigue lo único que puede salvar al pueblo trabajador: la unión de todos los gremios en un solo y poderoso núcleo y el olvido absoluto, perpetuo, creciente, de las denominaciones políticas. Es decir, el proteccionismo, el socialismo proteccionista es la más posible generosa acepción de los vocablos. Ese es el programa. Esa es la base del nuevo partido.*⁴³

Más adelante intentaron precisar cuáles eran sus filiaciones socialistas, reivindicando lo que ellos denominaban "socialismo científico":

Hoy revive el Partido Obrero. Como es natural sus adeptos debemos obrar con el tino y disciplina que aconseja la experiencia y si logramos una dirección práctica, bien intencionada que sea exponente de los diferentes gremios y tendencias socialistas. Hoy encuentra el campo mejor preparado, la ocasión más oportuna y algunos muy valiosos contingentes, que si se saben aprovechar, harán su desarrollo más potente y su organización más acertada.

Hablamos de valiosos contingentes porque dada la anarquía —si no la corrupción— de los partidos tradicionales, una parte de la juventud estudiosa, algunos de los intelectuales, que mejor que nosotros conocen nuestros derechos y necesidades; que saben que el reinado de la justicia no será patrimonio sólo de los obreros sino de la humanidad, pueden con nosotros formar una poderosa falange genitora de un socialismo científico, capaz de redimir la patria y con ella a las clases desvalidas, hasta hoy olvidadas e irredentas.

Muy bien que el partido obrero haga valer su nombre: pero es tiempo de sentar doctrina e ilustrar a los obreros en ella, para que tengan el deber de ser fieles por convicción y no el de seguir a sus dirigentes por mero empirismo o sugestión.

Muy bien que no vayamos a obrar con ligereza y que tras el sonoro nombre de socialismo, fuéramos a caer en alguna red que burlara nuestros propósitos: pero si el partido obrero no está inspirado en las sabias doctrinas del socialismo queda destruido en sí mismo.

Verdad que la redención de los obreros debe ser obra de nosotros mismos; pero cuando no tenemos medios de qué usararnos, no debemos dar la espalda ante nada que nos sea útil y provechoso.

Creemos que el partido obrero puede interesar más allá de los límites del artesano: urge, pues, vigorizarlo, marcarle un derrotero amplio y bien definido si queremos que su vida no se vuelva a tronchar como débil espiga.

*En resumen: si no queremos que nuestras incipientes organizaciones continúen como plantas exóticas librémonos de prejuicios, despejemos la vía.*⁴⁴

Aunque eran evidentes sus afinidades con el socialismo, sin embargo, se negaron a asumir la denominación de partido socialista, porque "dada la confusión de los términos "socialista"

42 *Ibid.*

43 "Nuestro ideal", en *El Partido Obrero*, enero 29 de 1916.

44 *La Unión Obrera*, abril 22 de 1916.

y "anarquista" causaríamos hasta miedo con una denominación que ni en Europa misma se ha entendido lo bastante". En estas condiciones,

el Partido Obrero es la denominación que le conviene a la nueva institución, porque ésta comprende a los obreros del taller. A los que ganan el pan con el esfuerzo de sus músculos. A los que manejan el instrumento de trabajo "material" no a aquellos individuos que sin saber un oficio quieren darlas de "obrerros" o de pichones de políticos. Nuestro partido tiene por objeto, —fuera de la educación popular, de la unión estrecha de los gremios para lograr el aumento de los salarios y el respeto de los industriales "en gran escala"—, (...) el alejamiento "absoluto" de todo partido político. Porque el partido obrero se ha formado sobre la profunda convicción de que los jefes de la política no son sino personajes nacidos del egoísmo y de la arteria.

El Partido Obrero desea la unión indisoluble de todos los gremios hasta el más insignificante, para hacerse sentir ante los merodeadores y traficantes como una masa que ya tiene clara noción de sus deberes sociales.

Los obreros disgregados nunca podrán pedir el aumento de sus salarios porque serán mirados con desprecio por sus "amos insensibles".⁴⁵

En la prensa del Partido Obrero se empezó a agitar el tema del desempleo, a denunciar la política de los gobiernos conservadores con respecto a Estados Unidos, a propender por la obtención de mejoras en vivienda, acueducto y alcantarillado para los barrios obreros, a realizar denuncias específicas sobre ciertos patrones que no pagaban a tiempo a sus trabajadores o los trataban mal y a impulsar escuelas obreras nocturnas,⁴⁶ etc. El Partido Obrero fue el primero

en considerar la situación de la mujer y en defender la huelga como un instrumento adecuado de lucha para obtener mejoras económicas y sociales.⁴⁷

La composición del Partido Obrero era predominantemente artesanal, como quedaba registrado por la profesión desempeñada por cada uno de los miembros de su Directorio en el que figuraban albañiles, aurigas, carpinteros y ebanistas, encuadernadores, expendedores de carne, latoneros, relojeros, tipógrafos y zapateros.⁴⁸ A diferencia del primer Partido Obrero de comienzos de la década de 1910, no se organizaron comités de barrio, sino que se escogieron representantes por gremios. Esto con un doble propósito: de un lado, evitar la influencia de los partidos tradicionales en los barrios y, de otro, integrar a representantes de diversos gremios en el conocimiento y discusión de los problemas generales de los trabajadores. El Partido Obrero proclamó abiertamente en un principio su abstención electoral, pero al año siguiente (1917) terminó apoyando a la Unión Republicana, lo que lo sumió nuevamente en la órbita de los partidos y de la política tradicional. Este hecho, al parecer, le restó posibilidades de acción política entre el pueblo trabajador, porque mostró lo difícil que era mantenerse al margen de las contiendas políticas convencionales, sobre todo en el plano electoral. Tras la crisis práctica de este segundo Partido Obrero, surgió en escena en Bogotá un Sindicato Nacional Obrero, que adoptó, a finales de noviembre de 1918, lo que denominó un Programa Socialista, en el que asumió como principios fundamentales: la igualdad de los derechos y obligaciones para todas las clases sociales; educación de las masas obreras, que les

45 *El Partido Obrero*, marzo 4 de 1916.

46 Véase: *El Partido Obrero*, enero 22, febrero 12, febrero 26, marzo 18 y abril 15 de 1916.

47 Sowell D., *op. cit.*, págs. 325-326.

48 *El Partido Obrero*, mayo 13 de 1916.

permitieran conocer sus derechos; lucha económica en el terreno sindical para obtener beneficios económicos; apoyo mutuo de todos los afiliados; mantenimiento de la paz pública, puesto que la guerra sólo beneficiaba a los caudillos y a los partidos.⁴⁹

Este Sindicato Nacional Obrero, junto con un efímera Confederación de Acción Social, convocaron a los trabajadores para que se organizaran por gremios con la perspectiva de trabajar en la convocatoria de un Congreso Obrero que debería reunirse el primero de mayo de 1919, con representación de todas las sociedades obreras del país. "Este Congreso tendrá a su cargo la proclamación del partido socialista previa adopción de un programa científico, económico y político".⁵⁰ De ese encuentro surgiría el Partido Socialista. Con la aparición de ese partido y con la masacre del 16 de marzo de 1919, terminaría una época histórica de protagonismo de los artesanos en la historia de Bogotá.

A lo largo de una década, ciertos sectores de los artesanos bogotanos, autodenominándose como *obreros*, habían realizado varios intentos de dotarse de una organización propia. En esa búsqueda habían sentido diversas influencias ideológicas, entre las que descollaron la acción católica, el liberalismo y después de 1916 cierto tipo de socialismo. A pesar de esas diferencias doctrinarias, estaba claro a través de los diversos programas, que la esencia de su búsqueda radicaba en conseguir una protección y ayuda por parte del Estado, eso era lo que en alguna ocasión habían denominado "socialismo proteccionista". Diversos grupos de artesanos de Bogotá, influidos por distintos personajes y por las luchas socialistas que se presentaban en diversos lugares de Europa o

de América Latina (México y Argentina principalmente), de manera autónoma empezaron a proclamar su aproximación al socialismo, de manera explícita después de 1916. Este hecho coincidió con la revolución rusa, lo que le dio un carácter diferente a su búsqueda. Por decirlo de alguna forma, la revolución rusa aceleró esa búsqueda y esa identificación, y convirtió su identificación en un problema para la hegemonía conservadora, que desde 1918 como sucedía en casi todo el mundo, empezó a considerar cualquier lucha social y reivindicativa como una conspiración del bolchevismo internacional. Antes de 1917 no era tan problemática una identificación con el socialismo, así fuera con un socialismo reformista, moderado y "utópico" como el que circulaba entre los artesanos bogotanos, pero después de esa fecha con el triunfo de la revolución rusa cambiaron sustancialmente las cosas, puesto que ya en nuestro medio cualquier apelación al socialismo era estigmatizada como un llamado a la revolución mundial. Si a eso se le agregaba que la hegemonía conservadora conoció en 1918 una serie de luchas sociales en diversos frentes, se entiende porqué razón el fantasma del socialismo empezó a rondar la cabeza de los gobernantes colombianos. Entonces, como había sucedido en otros momentos de la historia colombiana, cobró fuerza el *antisocialismo* en tanto que doctrina de Estado como elemento esencial de la cultura política de las clases dominantes y de las altas jerarquías eclesiásticas, tan enquistadas por entonces en las esferas del poder terrenal.⁵¹ En estas condiciones lo que era un experimento propio y genuino de los artesanos de Bogotá, que mostraba su interés en defender sus condiciones materiales de existencia

49 *La Libertad*, noviembre 30 de 1918.

50 *La Libertad*, diciembre 22 de 1918.

51 La expresión antisocialismo ha sido desarrollada por Gerardo Molina en su obra, *Las ideas socialistas en Colombia*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1987, págs. 139-155.

y de incorporar elementos políticos de la cultura universal, fue visto por el establecimiento como un peligro estratégico para sus intereses de dominación que había que controlar como fuera, no importaba que se tuviera que recurrir a la represión. El gobierno de Marco Fidel Suárez que se inició el 7 de agosto de 1918 tenía ante sí el reto de enfrentar la inconformidad social que había cobrado dimensiones nacionales en ese año.

Los artesanos de la capital, por su parte, a comienzos de 1919 se enfrentarían a un reto particular, motivado por una decisión del presidente, que los afectaba directamente en términos económicos, pero lo que era más importante que tocaba de manera directa, lo que no se había atrevido a hacer ningún gobierno de la década de 1910, uno de los soportes de la lucha de los artesanos, como era su acendrado proteccionismo en materia económica. Esto se encuentra directamente ligado a la masacre del 16 de marzo de 1919, bautizo de sangre del movimiento obrero y socialista en Colombia, momento con el cual se cierra una etapa histórica en la lucha de los artesanos colombianos y se inaugura una fase nueva, protagonizada por los trabajadores asalariados ligados al sector público, principalmente a las comunicaciones, transportes y a los enclaves imperialistas.

LA MASACRE DEL 16 DE MARZO DE 1919

Como continuador de la prolongada hegemonía conservadora en agosto de 1918 llegó a la presidencia de la República el gramático antioqueño Marco Fidel Suárez, que pertenecía a la más tradicional y retrógrada tendencia conservadora. Ascendía a la primera magistratura apoyado por los principales jefes gamonales de las regiones y por las altas jerarquías eclesiásticas. Al contrario de anteriores elecciones presidenciales la candidatura Suárez fue combatida por el li-

beralismo en bloque y por importantes sectores del conservatismo, fracciones políticas que aunque representaban intereses de los gamonales no contaban con el apoyo del clero. Esta oposición se configuró en la campaña electoral de 1918 y durante la administración Suárez aprovecharía el menor resquicio para debilitar el régimen del gramático antioqueño.

Esta situación política de permanentes pugnas internas entre las fracciones de los dos partidos era acompañada de una efervescencia social, con dimensiones nacionales desde 1918. Campesinos de la Costa Atlántica, jornaleros del enclave agrícola de la zona bananera, obreros del río Magdalena y de los puertos costeros, indígenas en el Cauca, Tolima y la Sierra Nevada de Santa Marta, realizaron durante ese año importantes movilizaciones que colocaron en primer plano la diversa y compleja problemática social que había sido bloqueada durante muchos años por la hegemonía clerical y conservadora. Pero, después de 1917, como un eco de la Primera Guerra Mundial y de la revolución rusa, la cuestión social—como se le empezó a denominar en la época—emergió con una fuerza inesperada.

El gobierno de Suárez recurrió a la represión como método para acallar la protesta social, considerando que los diversos tipos de conflicto no se originaban en problemas internos del país, sino que eran resultado de las tácticas usadas por los bolcheviques para desestabilizar los gobiernos de América Latina. Con este argumento, se pretendió acallar la protesta popular y atemperar los ánimos de la vociferante oposición bipartidista. Además, esa política era indispensable para los propósitos del gobierno colombiano de atraer al capital extranjero y de reanudar relaciones con Estados Unidos. Todo este contexto político y social incidió en el desenlace de los sucesos del 16 de marzo de 1919.

Desde comienzos de 1919 los círculos gubernamentales iniciaron los preparativos para

festejar el primer centenario de la Batalla de Boyacá, efemérides que se conmemoraba el 7 de agosto de ese año. El gobierno consideró que para hacer más "patriótica" la fecha, el Ejército Nacional debería ser engalanado con uniformes y botas confeccionados en el extranjero. En los primeros días del mes de marzo se hicieron públicas las gestiones adelantadas por el Ministerio de Guerra para comprar en los Estados Unidos unos ocho mil uniformes completos con destino al ejército colombiano.⁵²

En esos momentos, tanto el país como la capital de la República soportaban pésimas condiciones sociales y económicas. Bogotá había sido agobiada recientemente por una fuerte epidemia de gripa y, además, los sectores artesanales sufrían los rigores del desempleo, tanto por la expansión del capitalismo como una competencia ruinosa con mercancías extranjeras. En estas condiciones, para los trabajadores la disposición oficial de comprar trajes en el exterior aparecía como un desafío.

Entre los organizadores de la marcha se encontraba el capitán Alberto Manrique Páramo, un individuo que desde las páginas de la *Gaceta Republicana* empezó a difundir el pensamiento socialista, promoviendo continuamente la movilización popular mediante la denuncia de los graves problemas que padecían los artesanos, los obreros y la población pobre en general. En las páginas de ese diario a comienzos de 1919, poco antes de los trágicos sucesos del 16 de marzo, se hacían llamados como éste: "Al pueblo: tenéis derechos que exigir... Organizaos para algo práctico, para haceros respetar, para tener techo, trabajo y pan".⁵³

Desde el 2 de marzo los activistas populares Juan de Dios Romero y Carlos Melguizo dictaron conferencias y publicaron comunicados para denunciar el carácter antipopular de la medida oficial y el despilfarro de los cien mil pesos oro que la disposición implicaba. Desde las páginas de la *Gaceta Republicana*, y de otros periódicos como *La Libertad*, se empezó a utilizar una terminología directa sobre el capitalismo, nunca antes empleada en la historia colombiana de ningún movimiento político ni gremial. Por ejemplo Carlos Melguizo decía en una ocasión:

1. *El capitalista exige de nuestros trabajadores diez horas y más de labor diaria.*
2. *El capitalista paga miserablemente esa ruda y pesada labor.*
3. *El capitalista no paga al obrero que enferma, por causa casi siempre del mismo trabajo abrumador, y lo multa y le hace grandes descuentos por faltas accidentales provenientes de fuerza mayor o por causas fortuitas.*
4. *El capitalista elude, aun haciendo gastos ingentes, el cumplimiento de nuestra deficiente ley sobre accidentes de trabajo.*
5. *El capitalista intriga y lucha por mantener la desigualdad proporcional en el pago de los impuestos públicos, que pesan hoy insosteniblemente sobre las clases pobres.*
6. *El capitalista no fomenta el trabajo ni la instrucción del trabajador.*
7. *El capitalista ve con indiferencia la enfermedad, la miseria y la decadencia del obrero.*
8. *El capitalista despide al obrero sin motivo razonable y lo despide sin causa justa. Y diez y*

52 "Carta del ministro de los Estados Unidos en Colombia sobre los sucesos del 16 de marzo", marzo 22 de 1919, en *Records of the Department of State Relating to Internal Affairs of Colombia...*, Rollo 1, f. 430.

53 Citado en *Vista fiscal sobre los sucesos del 16 de marzo*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1919, pág. 34.

*cien actos más del capitalista, lo mismo que del gobierno, y diez y cien omisiones más; y diez y cien disposiciones legales que hacen del obrero el candidato obligado de la ignorancia, de la mendicidad, de la depravación y del presidio.*⁵⁴

En los días previos a la marcha, en el periódico se escribían consignas desusadas en el lenguaje político colombiano, haciendo llamados de este tipo:

Obreros:

De nada vale tener derecho de comer, si no se come.

Es inútil tener derecho a beber, si no se bebe.

De nada sirve tener derecho a ser libre, si no se es.

*Hace falta el hecho, en vez del derecho.*⁵⁵

Para protestar contra la decisión gubernamental y para exigir que la elaboración de esos uniformes y botas fuera encomendada a artesanos locales, se organizó desde el 13 de marzo una marcha de protesta, que se realizaría el día 16, y cuyo objetivo último era hablar con el presidente de la República para urgirlo a derogar el consabido decreto que lesionaba los intereses de los artesanos.

Los organizadores de la marcha expresaron su intención de efectuar una movilización pacífica, limitándose a solicitar la derogatoria del decreto citado, "observando el mayor orden y respeto que se debe al primer magistrado de la nación, ante quien se verificará". Detalle significativo, pues luego de los sucesos del 16 de marzo, el gobierno repetiría hasta la saciedad que la protesta no era de carácter pasivo sino que pretendía generar un "motín contra el orden social". Como respuesta a la agitación del mes de marzo, un día antes de la marcha, el 15, el go-

bierno emitió un decreto aplazando la medida inicial, aunque eso sí advirtiendo que aquella no había sido caprichosa sino que estaba basada en criterios económicos pues al comprar en el exterior se concedían plazos mientras que las compras a los artesanos nacionales había que pagarlas de contado. La derogatoria fue decretada el sábado 15 en las horas de la tarde. Nadie, ni siquiera la prensa, se enteró de la contra-orden. El gobierno de Suárez era tan torpe que no realizó acción alguna para que esta información fuera conocida por los directamente interesados. De ahí que la marcha continuara programada para el día siguiente, sin que sus organizadores se enteraran de la decisión oficial.

Para completar, casi al tiempo con la derogatoria, el Ministerio de Gobierno emitió un comunicado en el que desautorizaba la manifestación por considerar que estaba siendo organizada y financiada por los bolcheviques. Esta declaración tampoco impidió que la marcha se realizara como estaba programada.⁵⁶

A pesar de las declaraciones sobre el carácter pacífico de la protesta, el gobierno le dio una connotación militar al suceso. Como lo recuerda Juan de Dios Romero, protagonista directo de los acontecimientos relatados,

la manifestación se verificó en un ambiente de aparente cordialidad por parte del gobierno, pero entre tanto el Ministerio de Guerra armaba a la tropa. En la torre de la iglesia de San Agustín como un símbolo del abrazo entre la iglesia y el Estado asomaba la boca escueta y oscura de un inmenso cañón emplazado estratégicamente. Y en la iglesia contigua al palacio... también se emplazaban piezas de artillería.

54 Citado en *Vista fiscal*, pág. 35.

55 Citado en *Vista fiscal*, pág. 38.

56 Arango, Marcelino, "Circular, 14 de marzo de 1919", en *Documentos relacionados con los sucesos del 16 de marzo de 1919 en la ciudad de Bogotá*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1920, pág. 1.

Desde horas de la mañana del domingo 16 se inició la organización de la marcha hacia el palacio presidencial con el despliegue de vistosos carteles y anuncios elaborados por los trabajadores que invitaban a sus compañeros a unirse a la manifestación de la tarde, y desde el mediodía empezaron a congregarse los obreros y artesanos en la Plaza de los Mártires, sitio de partida de la manifestación. A las tres de la tarde empezó la marcha, al frente de la cual sobresalía una vistosa bandera blanca que tenía dibujados algunos símbolos del trabajo. Pese a la intensa lluvia que caía sobre el centro de la ciudad, en la Plaza de Bolívar se congregaron unos 4.000 manifestantes. Alberto Manrique Páramo, uno de los promotores de la marcha, en arenga improvisada afirmó:

*Ayer tarde el señor presidente de la República, por miedo tal vez a esa fuerte y poderosa corriente popular, resolvió aplazar el envío de las comisiones que debían partir a los Estados Unidos, a adquirir el vestuario del ejército —robándonos así el pan a vosotros y a vuestros hijos— y da como única razón de tal aplazamiento la penuria actual del fisco. De modo que mañana 17 de marzo bien puede decir el señor presidente: ya no hay penuria fiscal, que partan los oficiales del ejército a los Estados Unidos y vosotros quedaréis miserablemente burlados, dependiendo tan solo de la voluntad y el capricho de quien no se preocupa por el bien de las clases pobres y trabajadoras. Vosotros vais, pues, a pedir no el aplazamiento sino la derogatoria absoluta del malhadado decreto, concedidos por gentes llenas de odio a vosotros y a vuestra clase.*⁵⁷

El orador recalcó que la manifestación era pacífica, pidió que no se realizara ningún acto que pudiera agredir a las autoridades civiles o militares y terminó viviendo al ejército

y a la policía, mientras la multitud gritaba vivas al socialismo, al pueblo soberano, a la *Gaceta Republicana* y algunos pocos vivaban al partido liberal.⁵⁸

Cuando Alberto Manrique Páramo hubo terminado su arenga, la multitud se dirigió al Palacio de la Carrera. Allí, Marco Tulio Amoroch, vocero de los manifestantes, expresó al presidente que los artesanos solicitaban la derogatoria inmediata del conflictivo decreto. Seguidamente, el presidente SUÁREZ inició la lectura de su discurso. Por el ruido de la lluvia, los murmullos de los manifestantes y la pésima oratoria del primer mandatario, nadie oía sus palabras. Los manifestantes lo recriminaban, exigiéndole que hablara más duro. Enojado Suárez abandonó el balcón y decidió reunirse aparte con los representantes de los artesanos. Allí en privado, confirmando sus pésimas condiciones de orador, torpemente leyó el discurso que no había podido pronunciar minutos antes. Prometió a los dirigentes obreros que realizaría obras en su beneficio con el fin de crear nuevas fuentes de empleo.⁵⁹

La gente seguía impaciente en la calle, esperando la reaparición del presidente, pero éste no se daba por aludido. En su lugar, un subalterno intentó leer el discurso presidencial tratando de calmar a la multitud. Contrariamente, esto caldeó más los ánimos de la gente. El espontáneo orador fue abucheado y prosiguieron las exigencias de ver y escuchar al primer mandatario. Los propios comisionados se hicieron presentes para calmar a los manifestantes, pero no lo lograron. Ante esto, Manrique Páramo pidió al presidente de la República que autorizara el ingreso de otros representantes de los artesanos, ante lo cual Suárez

57 Citado en *El Porvenir*, abril 3 de 1919 (se reproduce la crónica de *El Nuevo Tiempo*).

58 *Vista fiscal*, pág. 3; *La Época*, abril 3 de 1919.

59 El texto del discurso de Suárez aparece en *Documentos relacionados...*, págs. 4-7.

procedió a inculparlo como responsable de lo que estaba aconteciendo, amenazándolo con iniciar un proceso judicial en su contra por estas acciones. En vista de las amenazas de Suárez, Manrique Páramo salió del palacio, seguido de Amorocho y de los otros delegados de los artesanos. La multitud enardecida por el rechazo presidencial, gritando “abajo el presidente”, “viva la revolución”, “viva el socialismo”, “viva el bolchevismo” envió algunas piedras hacia los ventanales donde estaba el presidente, rompiendo unos cuantos vidrios. Inmediatamente la guardia presidencial disparó indiscriminadamente contra la inerme multitud, utilizando un cañón debidamente emplazado en la puerta del palacio. Como resultado de esta acción criminal de la guardia presidencial murieron varias personas y quedaron numerosos heridos.

La multitud ante el leve ataque de la tropa huyó hacia la Plaza de Bolívar y allí junto a la sede del Ministerio de Guerra, le pidió al ministro en persona, el general Pedro Sicard Briceño que detuviera la masacre. Al frente del grupo que reclamaba al ministro se encontraba el artesano Gabriel Chaves. Se trabó una discusión verbal y sin que mediara razón alguna el ministro de Guerra desenfundó su arma de dotación oficial y disparó contra Gabriel Chaves, quien moriría horas después. Como parte de la parafernalia macondiana propia de la historia colombiana, se debe mencionar que según Sicard, él disparó al suelo para ahuyentar a Chaves y a los artesanos con quienes estaba discutiendo.⁶⁰ Casi simultáneamente se produjo otro ametrallamiento de la tropa contra la población en la esquina de la carrera 7 con calle 8. El resultado final de la jornada trágica: 10 muertos y 15 heridos.

Como suele acontecer en sucesos como estos en que la población pobre es masacrada por

exigir la defensa de sus intereses, tras la muerte de algunos de los artesanos, la multitud se dio a la tarea de atacar distintas esferas del poder económico. Así, grupos de personas atacaron a más de 20 almacenes, algunos de los cuales fueron saqueados, mientras que otro grupo para hacer más difícil la acción represiva de las tropas interrumpió el servicio eléctrico en las horas de la noche, cortando los cables en la por entonces distante población de Bosa, ubicada en el suroccidente de la capital.⁶¹ Durante toda la jornada, la policía detuvo a más de 300 manifestantes.

El día 20 y 21 en distintos lugares de la ciudad aparecieron letreros pintados con carbón en los que se decían cosas de este estilo: “puñal y dinamita”, “el pueblo tiene hambre”, “Suárez es un bruto”, “piedra al palacio y a Suárez”.⁶² El día 20 fue enterrado el artesano Gabriel Chaves, quien había sido brutalmente asesinado por el ministro de Guerra. A su entierro asistieron unas mil personas. En la ceremonia fúnebre hablaron varios oradores en nombre de los obreros y del socialismo. En esos discursos, plenos de dolor e indignación, la acción del 16 fue calificada como un atentado contra el pueblo trabajador, señalándose que una “insidiosa mentira oficial” estaba en marcha para tergiversar los hechos. Según la versión del policía de civil que se encontraba infiltrado entre los obreros que asistían al cortejo fúnebre, el discurso más radical fue el del representante del socialismo, quien terminó su alocución con estas palabras:

Para luchar contra el actual gobierno despótico y vengar la sangre inocente de los honrados compañeros... sólo hace falta que unos cuantos se ballen dispuestos a salir de este mundo de imbéciles y armados con el látigo en una mano y la bomba de

60 *Vista fiscal*, págs. 6-7.

61 *Ibid.*, pág. 8.

62 “Parte diario de la policía”, *AGN, FMG. S.1.*, t. 816, Fs. 62-63.

*dinamita en la otra que mata más de cien soldados con fusiles criminales, nos arrojemos virilmente sobre los victimarios irresponsables. Sobre nuestras cenizas lloverán las bendiciones de los libres.*⁶³

Si este fue el tono del discurso, hay que decir que no era muy común entre los artesanos y los socialistas —recuérdese que en nuestro medio la influencia anarquista fue mínima. Un discurso de esta naturaleza en la cultura política de izquierda de la época era más bien excepcional, y respondía a una visión muy personal del asunto, además, bastante influida por la sangrienta e innecesaria represión gubernamental. En la historia de Colombia desde finales del siglo XIX este tipo de discurso, que en tiempos normales no se escuchaba, emergía en momentos críticos cuando se atentaba contra la vida y los valores de los artesanos, como había sucedido en 1893.⁶⁴

La prensa conservadora y, por supuesto las autoridades departamentales iniciaron al momento una denuncia de la actitud agresiva del populacho, del carácter subversivo de la protesta, del movimiento socialista y revolucionario que se fraguó el 16 de marzo, de manifiestos revolucionarios anarquistas, de castigo y mano dura a los agitadores, etc.⁶⁵

Para justificar el proceder de la tropa, el gobierno emitió un comunicado en el que atribuía la responsabilidad de los sucesos a “provocadores” anarquistas y bolcheviques que habían

organizado, dirigido y participado en el —según la versión oficial— “amotinamiento”. Y en uno de sus apartes, el gobierno, presidido por un gramático —lo que supuestamente debería reflejarse en la precisión de las palabras usadas en los comunicados—, llegó al extremo de afirmar cínicamente que “grupos de anarquistas y socialistas trataron de tomarse el palacio de la Carrera y la guardia del palacio para contener a los amotinados disparó al aire, resultando de allí un muerto y un herido». ⁶⁶ ¡Maravilloso el reino de un gramático, donde los disparos al aire causan muertos y heridos!

Dentro de la historiografía moderna que se ha ocupado del tema, el único que de alguna forma ha justificado la masacre es el economista Miguel Urrutia Montoya. En efecto, éste ha señalado que “la verdad es que los líderes socialistas tuvieron mucha de la culpa de la matanza. Sacrificaron (sic) 7 vidas sin razón alguna”. Y más adelante agrega, “sin duda, las autoridades actuaron impulsiva y violentamente por un miedo neurasténico, pero la situación la crearon unos intelectuales irresponsables abusando de la libertad de prensa”.⁶⁷ Estas apreciaciones son una burda defensa de la acción del gobierno conservador de Marco Fidel Suárez —¿acaso por filia-ciones partidistas?— y una constante entre ciertos sectores de las clases dominantes que siempre suelen inculpar a las víctimas. La opinión de este “nuevo-vejo” historiador no hace en últimas más que reproducir la versión oficial del

63 *Ibid.*, f. 63.

64 Aguilera Peña, M., *op. cit.*, págs. 263321.

65 En la prensa conservadora y progubernamental de la época aparece claramente esta actitud y estos calificativos. Véase por ejemplo, *La Época*, marzo 28 de 1919, *El Porvenir*, marzo 21 y 22 de 1922. Una recopilación de todas las manifestaciones de apoyo al gobierno de SUÁREZ, los cuales como una letanía repiten que lo sucedido el 16 de marzo fue resultado de un complot socialista, anarquista, revolucionario y bolchevique fue publicada por el propio gobierno de SUÁREZ. Véase: *Documentos relacionados...*, págs. 18-181.

66 Arango, Marcelino, “Circular extraordinaria”, en *Documentos relacionados...*, pág. 7.

67 Urrutia Montoya, Miguel, *Historia del sindicalismo colombiano*, Editorial La Carreta, segunda edición, Bogotá, 1976, págs. 88 y 89 (subrayados nuestros).

gobierno de Suárez, cuyo ministro de Gobierno afirmó el 17 de marzo: "Ayer, después de una larga preparación por medio de conferencias públicas, socialistas y anarquistas, publicaciones subversivas, y de tratar de sustraer al ejército y a la policía a la obediencia, con pretexto de que se les estaba dejando morir de hambre, presentose una muchedumbre compuesta de algunos obreros y de numerosas personas de las últimas (sic) capas sociales ante el palacio presidencial, anunciándose con los gritos de viva el socialismo, viva el partido socialista".⁶⁸

Una apreciación como la del citado historiador, además, se apoya en muy pocas fuentes y no considera para nada la voz de las propias víctimas, ni de los organismos a los cuales ellas estaban vinculadas. En este caso, lo elemental, que no hace Miguel Urrutia, era haber escuchado la versión y los descargos del Sindicato Central Obrero, participante en la marcha de protesta del 16 de marzo. Creemos que ya es hora de darle la palabra, para recuperar la memoria de las víctimas y desmentir a los asesinos y a sus apologistas.

El Sindicato Central Obrero entregó su versión de los acontecimientos, que la historia oficial (de la vieja y de la "nueva") no ha considerado nunca. En su comunicado, el Sindicato Central Obrero comenzaba por señalar que "en estos momentos de expectación y de tristeza, cuando de manera oficial se declara la existencia del anarquismo y del bolcheviquismo (sic) para desvirtuar la organización obrera, cuyo desarrollo es incontenible, precisa hacer conocer del público las bases de dicha organización, su objetivo y los hechos que la historia deberá recoger sin im-

parcialidades ni inexactitudes".⁶⁹ Continuaba señalando que

*concedor ya de los procedimientos de reivindicación obrera puestos en práctica en los países civilizados, va contra el comunismo y el anarquismo, principios que requieren una mayor perfección humana, y acepta el socialismo científico preconizado entre mil expositores y economistas por Bebel, Jaurés, Fernando Naudier, Hamon Chirac, Faguet, Pablo Iglesias, Janet, Lonis Bertrand, Bakounine, C. Marx, Enrique Malesta, Lavelaye, Lacy W Holmes, Backie, Sidney Weebb, etc., quienes estiman esa doctrina como redentora y moralizadora para la humanidad.*⁷⁰

Enfatizaba que las acusaciones de anarquistas hechas a las organizaciones obreras independientes no tenían fundamento alguno, y mencionaba los siguientes hechos para desmentirlas:

1° En la escritura social consta que el sindicato tiene por objeto: el establecimiento de una caja de ahorros para los obreros, con reconocimiento de intereses a favor de los depositantes, quienes son considerados como miembros de la institución; la fundación de cooperativas de consumo y restaurantes obreros, para facilitar a los trabajadores los víveres a precio módico; la adquisición de terrenos y construcción de casas baratas para obreros, transmisibles por el sistema de amortización; el establecimiento de un monte de piedad para contrarrestar la usura; el apoyo mutuo de los congregados; el seguro de vida y de enfermedad; la educación popular y la acción ante el Estado para obtener la efectividad de las garantías a que tienen derecho los cofrades. ¿Será este un programa anarquista?

2° El sindicato ha llevado ya al terreno de la práctica el establecimiento de la caja de ahorros, a la

68 Arango, Marcelino, "Circular extraordinaria", en *Documentos relacionados...*, pág. 7.

69 "Manifiesto del Sindicato Central Obrero a los artesanos de la República", en *La Libertad*, abril 3 de 1919.

70 *Ibid.*

cual ingresan personas de diversas opiniones religiosas y políticas; la fundación de un restaurante obrero que se inauguró con un banquete gratuito para los artesanos; el establecimiento de dos cooperativas de consumo y el de un monte de piedad que ha favorecido a todos, desde los más ardientes turiferarios del régimen actual hasta los humildes jornaleros que apenas alcanzan a desayunarse con el exiguo producto de su trabajo; y actualmente el sindicato tiene a su disposición, para la venta, un terreno de más de treinta mil varas cuadradas, en lotes cuyo precio no excede \$25 pagaderos por contados ¿podrá llamarse anarquista esta labor filantrópica?

3° *En el sindicato figuran como socios honorarios, desde hace dos años entre otros, personajes de la talla de D. JORGE HOLGUÍN, actual designado para ejercer la Presidencia de la República; D. Simón Araújo, ministro de Estado en las administraciones Restrepo y Suárez; D. Jesús del Corral, actual ministro de Agricultura y Comercio; D. Francisco J. Fernández y D. Enrique Liévano, acandalados comerciantes y D. Lorenzo Cuéllar, caballero distinguido, muy obrerista y sostenedor del actual régimen. (...) ¿Pertenececerán esos señores por el hecho de haberse identificado con nuestras aspiraciones, a una sociedad anarquista?*

4° *En el reglamento del sindicato se habla de la necesidad de combatir la política militante que ha significado para el obrero, arruinarse, perecer o quedar herido en las luchas fratricidas o servir de escala para que ejerzan acción en su contra, como legisladores o magistrados, los individuos que se han ungido con su voto; el sindicato ha buscado la solidaridad social, bajo una bandera independiente, para sustraer a los trabajadores de la influencia pernicioso y ruin de sus enemigos. ¿Será esta conducta la que merece el epíteto de anarquista?*

5° *En su deseo de constituir un centro directivo que representara las tendencias de las sociedades y gremios, el sindicato central no vaciló en iniciar y sostener la confederación obrera. Primeramente,*

con el concurso del Dr. Eduardo Carnajal, contribuyó a la formación de un directorio provisional que se denominó Confederación de Acción Social; en acuerdo con ese centro dirigió circulares a las sociedades y gremios dichos para constituir lo que se llama hoy la Asamblea Obrera, de cuyo seno habrá de surgir el verdadero Directorio Ejecutivo que encausará la corriente socialista en el país. Estos actos hechos en bien de la organización obrera ¿podrán considerarse como anarquistas?

6° *Por último, era deber del sindicato apoyar a las demás organizaciones obreras en su plausible anhelo de hacer una manifestación al presidente de la República, pidiendo no quitar el trabajo a los operarios colombianos para darlo a los extranjeros, acto que exacerbó la paciencia presidencial. ¿Incurrió el sindicato por invitar a los obreros en punible anarquismo? 71*

Luego de recordar con cierta dosis de ironía estos hechos, el Sindicato Central Obrero mencionaba el impacto histórico de la masacre recién cometida:

Fecha inolvidable en la historia del socialismo colombiano será el 16 de marzo de 1919. El germen patriótico de una idea redentora tuvo en ese día su bautismo de sangre, de sangre inocente que entenebrececerá la conciencia de los asesinos y los condenará al castigo formidable del odio y de la sanción inevitable del pueblo.

¿Cómo justificar el procedimiento de matar y herir por la espalda a individuos indefensos que huían ante el ataque del gobierno escudado por la fuerza de las armas? ¿Hubo en efecto agresiones tumultuarias que hiciesen indispensables para los magnates una defensa en esa forma? ¿Siquiera los manifestantes hicieron uso de una navaja de bolsillo?

Y se les dice a los pueblos que ignoran los hechos que el Sr. presidente fue víctima de un atentado anarquista y que, ¡al aire las armas, cayeron un muerto y un herido!

Y se trata de justificar la medida arbitraria y salvaje reduciendo a prisión como promotores del desorden a individuos honorables que no hicieron sino excitar a los manifestantes al orden. Los Sres. Manrique Páramo, Carvajal y Amorocho, aunque no pertenecen a este sindicato, se hallan identificados con sus aspiraciones; y el Sr. Romero como miembro de esta sociedad ha sido un incansable propagador de su programa. Todos ellos merecen nuestra expresión de reconocimiento por sus labores obreristas, a la vez que nuestra felicitación más cordial por haber sido puestos en libertad sin haberseles encontrado responsabilidad alguna.

La Junta Directiva del Sindicato Central Obrero de Bogotá, no se detiene a analizar el sinnúmero de detalles que ha publicado la prensa bogotana acerca de los hechos cumplidos. Bastará dejar constancia de que los manifestantes fueron a pedir pan y se les dio fuego y plomo; algunos creyeron ballar en la palabra oficial el consuelo y la esperanza... lo que hallaron fue la muerte. Por eso el sindicato obrero consigna una vez más su serviente protesta y exige el castigo de los verdaderos culpables.⁷²

En su comunicado el Sindicato Central Obrero señalaba con perspicacia la finalidad que tenían las acusaciones del gobierno, que “obedece tan solo al deseo de impedir la ejecución y desarrollo del programa de reivindicación social que requieren la mala situación del pueblo trabajador, la acción nociva de los poderes constituidos y los progresos del partido socialista en los países cultos”. La acción oficial no tenía otra finalidad que justificar su “procedimiento y aniquilar el derecho de petición colectiva”, razón por la cual “el gobierno no tiene inconveniente

en crear responsables donde no los hay, para absolver a los verdaderos autores del crimen cometido en seres inermes e inocentes”. Como para que no hubiera duda de sus aseveraciones, agregaba que el sindicato

está dispuesto a que una comisión nombrada por la junta que se dirigió al presidente de Colombia en demanda de justicia, practique una inspección en sus archivos, revise sus reglamentos y acuerdos, tome nota de sus miembros y califique su conducta, para apreciar de manera imparcial y serena, nuestra actuación como defensores de los obreros.⁷³

Algunos sectores de la prensa, próximos o simpatizantes con la movilización de los artesanos, señalaron con toda razón, que desde que se había iniciado la labor socialista, “se han interpuesto obstáculos que hacen deducir con algún fundamento que hay una coalición de los elementos adversos encaminada a destruir por completo la tendencia justa a las reivindicaciones obreras(...)”.⁷⁴

Precisamente, lo que se había iniciado el 16 de marzo de 1919 no era otra cosa que el uso indiscriminado de la fuerza por parte del Estado colombiano para contrarrestar cualquier manifestación de protesta, y desde ese instante empezó a ser usado el imaginario anticomunista y antisocialista para estigmatizar las luchas de los trabajadores, con el prurito de que solamente eran una expresión de los intereses de la subversión mundial, en esos momentos personificada en el “engendro bolchevique”.⁷⁵

72 *Ibid.*

73 *Ibid.*

74 *La Libertad*, abril 12 de 1919.

75 Incluso las fuentes diplomáticas señalan la torpeza de SUÁREZ para afrontar un problema tan elemental como una simple petición de derogar una medida. Véase, H. Ayre-Martin, “Manifestation ouvrière du 16 mars contre le gouvernement”, *Amérique Latine 1918-1940, Colombie, Correspondance Politique, Situation Interieure*, vol. 11, 1918-1922, fs. 36-40; *Records of the Department of State Relating to Internal Affairs of Colombia...*, Rollo 1, fs. 420-422, 428-432, 439-440.

El 20 de marzo, distintos políticos de los partidos tradicionales emitieron un inusual comunicado en el cual, condenando la violencia oficial, afirmaban:

"En guarda de los más sagrados derechos e intereses de la sociedad, en su aspiración hacia una vida libre y civilizada... protestamos contra los autores del derramamiento de sangre; nos solidarizamos en la defensa de la causa de los inocentes, clamamos, porque se imparta una inflexible justicia. Habremos de preservar... para que queden aislados y repudiados a los ojos del país, y en la conciencia nacional, los responsables de la sangre vertida".⁷⁶

Encabezaban la lista de las decenas de firmantes dos nombres que se harían famosos en la política nacional años después: el joven agitador conservador Laureano Gómez y el periodista liberal Eduardo Santos, disfrazados en estos momentos con piel de antinorteamericanos por su aparente oposición a la política pro-yanqui de Suárez (en lo relativo al problema de las

concesiones petroleras y del tratado Urrutia-Thompson).

En los meses subsiguientes a los trágicos acontecimientos del 16 de marzo, toda la oposición al gobierno los aprovechó para enfilarse sus baterías contra el "presidente paria" (como en sus "Sueños de Luciano Pulgar" se autodenominaba Suárez). Esa coyuntura de marzo de 1919 fue el comienzo del desprestigio absoluto de su gobierno. Aunque a SUÁREZ para nada le importaron ni los muertos ni las peticiones de los artesanos, pues en diciembre de ese mismo año fue aprobada la compra de uniformes para la policía en Inglaterra.⁷⁷ Los hechos de aquel luctuoso domingo fueron utilizados habilidosamente por los políticos bipartidistas que desde un comienzo se habían opuesto a la administración conservadora. Fueron esos mismos dirigentes los que, jugada tras jugada, consiguieron por fin la caída de Suárez en 1921.

76 *El Tiempo*, marzo 20 de 1919.

77 Archila, Mauricio, *Cultura e identidad obrera*, CINEP, Bogotá, 1991, pág. 211.